

## Pacifismo y Antimilitarismo

La reciente reunión internacional de Directores de Revistas de Marina organizada por la Armada de Brasil con motivo de la celebración del sesquicentenario de su Revista Marítima, se centró en el análisis del papel que pueden cumplir las publicaciones navales frente a los confusos conceptos que difunden las distintas corrientes de pensamiento pacifista y antimilitarista, en la mayoría de los países iberoamericanos.

Desde el inicio del encuentro fue posible establecer una interpretación plenamente compartida en el sentido de que existe en el actual escenario mundial un fenómeno que tiende a relativizar el valor del territorio, la seguridad nacional, la identidad de los pueblos, el ejercicio de la soberanía y el rol de las fronteras y espacios nacionales, todos ellos, directamente vinculados al accionar profesional y valórico de las Fuerzas Armadas de cualquier país. Lo anterior suele ser utilizado para validar argumentaciones académicas falaces, que interesadamente se orientan a menoscabar la función que cumplen las instituciones armadas.

La apología del pensamiento pacifista y antimilitarista constituye un buen instrumento para alcanzar dichos propósitos, ya que permite entronizar progresivamente en la masa ciudadana, la idea de obsolescencia de la función militar y la necesidad de reorientar hacia otros sectores los esfuerzos y recursos destinados a la seguridad nacional.

Con frecuencia los cultores del Pacifismo suelen confundir a la opinión pública al no establecer las diferencias conceptuales entre un "hombre pacífico" y un "pacifista". El primero es un amante de la paz, pero que a diferencia del segundo, lucha por defender lo justo y lo que en derecho le corresponde.

El "Pacifismo" obedece a una posición intelectual que antepone la paz a cualquier otro valor o consideración; que preconiza la eliminación de la guerra como medio de resolver los conflictos entre los Estados; y que aboga por la supresión de las Fuerzas Armadas.

Si bien el fin de mantener la paz resulta perfectamente legítimo, el medio elegido por los pacifistas para lograr tal fin resulta absolutamente inaceptable, ya que en la práctica no existiría causa alguna que no pueda traicionarse en aras de la paz.

Nadie podría dudar que la guerra constituye una gran desgracia. Sin embargo, como lo señala el Comandante Adolfo Paul en su libro "Política y Fuerzas Armadas", no basta odiar un mal para destruirlo ni para ponernos al abrigo de sus efectos. Desgraciadamente, el problema de la guerra no se resuelve con el pacifismo unilateral; aceptar bajezas y humillaciones para conservar la paz hace al hombre indigno de existir, ya que la única paz verdaderamente válida es aquella que no rebaja la condición humana.

Muchas veces, la lucha por la paz suele constituir un ardid político practicado por las naciones más belicistas y mejor armadas, con el fin de captar adeptos a sus doctrinas, sin traslucir la intención sectaria que las motiva. Por esa razón se señala que el pacifismo es con frecuencia "una de las armas más eficaces de la guerra psicológica"; es decir, un peón en la estrategia de los enemigos potenciales.

Una reacción lógica al concluir una guerra es la renovada irrupción de pacifistas, antimilitaristas y objetores de conciencia. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de estos grupos, las guerras continúan y ningún movimiento de ese género ha sido capaz de evitarlas; opuestamente, las actitudes entreguistas más bien han ayudado a desencadenar nuevos conflictos.

Toynbee, un historiador nada sospechoso de simpatías hacia el Ejército, escribe: "El peligro más evidente que hay que arrostrar en la estrategia del pacifismo, reside en la manera como los pacifistas se enfrentan al hecho de que, en la misma medida en que su acción resulte eficaz, el primer efecto podría ser el de colocar a los estados en los cuales el pacifismo tenga una fuerza política apreciablemente poderosa, a merced de los estados en que ésta sea débil; lo que equivaldría a permitir que los más inescrupulosos gobiernos de las más tenebrosas potencias militares se hiciesen dueños del mundo en el primer capítulo del drama".

Otra tendencia al menoscabo de la función militar es el antimilitarismo, el cual puede conceptualmente interpretarse como un rechazo a la aplicación generalizada de la lógica, costumbres, sistemas y metodologías militares a toda la sociedad e instituciones de un estado, lo que resulta plenamente válido y compartido por todas las naciones democráticas. Sin embargo, en la práctica, el antimilitarismo se aleja de este legítimo propósito y se traduce en la construcción de un sentimiento o actitud de rechazo a todo lo que tenga relación con lo militar, lo cual se manifiesta en la negación de la necesidad de los ejércitos y en la consideración de la guerra como un producto atribuible sólo a la existencia de Fuerzas Armadas.

Muchos son los escritores contemporáneos -declarados públicamente pacifistas y antimilitaristas- que a través de artículos periodísticos, películas, ensayos, novelas y reportajes televisivos se expresan marcadamente contrarios a la institución militar y con ligereza, desconocimiento y -no pocas veces- con falta de respeto, abordan los temas relacionados. Así, aspectos de relevancia nacional como los presupuestos e inversiones de defensa, el servicio militar, las instituciones castrenses y todo aquello relacionado con la seguridad y su aporte al desarrollo de un país, suelen ser criticados con la bajeza intelectual y moral de argumentos premeditadamente falaces, que sólo se orientan a alcanzar la degradación de la función militar y la ridiculización de quienes la desarrollan.

Desaparecidos los ejércitos, piensan algunos, con mejor o peor intención, se acabarán las guerras. Sin embargo, hasta ahora la realidad indica que todos los métodos empleados para suprimir la guerra han fracasado y que resulta insensata la pretensión de resolver el problema eliminando el único instrumento que el hombre posee para controlarlo y para evitarlo: las Fuerzas Armadas.

Lamentablemente, muchas personas, frente a la violencia que implica el oficio de las armas, no reflexionan acerca de la finalidad pacífica de esa profesión. "No se puede a la vez amar la paz y odiar a los ejércitos, cuya razón de ser es preservarla o restaurarla". Las recientes experiencias de ataques terroristas en los Estados Unidos así parecen confirmarlo.

Después de establecer la coincidencia plena en la interpretación de los fenómenos mencionados, fue posible concluir que las Revistas de Marina pueden cumplir tareas fundamentales en la formación de opinión pública frente al pacifismo y al antimilitarismo, para lo cual deben constituirse en tribunas objetivas y rigurosas que plasmen un análisis amplio y continuo que, dirigido por colaboradores de reconocida estatura académica-profesional, induzcan al lector a una visualización sin sesgos acerca de los alcances y eventuales perjuicios que conllevan esas líneas de pensamiento.

Naturalmente resulta imposible que una publicación naval, por prestigiosa y grande que ésta sea, pueda llegar directamente a la masa ciudadana, como sí lo hacen las distintas publicaciones comerciales. Por tal razón, el esfuerzo de difusión extrainstitucional debe ser selectivo y orientado a los "líderes de opinión" que puedan incidir en el pensamiento de la masa ciudadana. Así, en la medida que las publicaciones navales constituyan fuentes de información recurrente en todas las investigaciones prestigiadas que incidan en la temática castrense, será posible gestar, por extensión, un efecto inductor en la opinión pública, lo cual necesariamente conducirá al raciocinio personal y, en consecuencia, al rechazo de las modas y tendencias nocivas a las instituciones consagradas a la defensa de la Patria.